



LAS CENIZAS DEL CIELO

Una novela de la serie IRA DEI
M. GAMBIN

Siempre se ha pensado que el incendio de la iglesia de San Agustín en La Laguna se debió a un cortocircuito. Nada hacía pensar que el origen del fuego fuera otro. Hasta hoy.

Una extraña muerte en la catedral pone al inspector Galán y a sus hombres en la senda de un asesino que busca un objeto muy determinado, de valor incalculable, tras cuya pista se encuentra toda la policía europea.

Marta Herrero se dispone a enfrentar los trabajos arqueológicos previos a la rehabilitación de la iglesia. Una labor fácil y rutinaria, *a priori*. No sabe lo que se va a encontrar desde que desentierre la primera losa sepulcral.

Sandra Clavijo y Luis Ariosto investigan la desaparición de dos personas hace más de cincuenta años. Sus pesquisas se estrellarán con oscuros secretos que tal vez nunca deban ser revelados.

Índice de contenido

Cubierta

Las cenizas del cielo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

81

82

83

84

85

86

87

88

89

Nota del autor

Agradecimientos

Sobre el autor

A mi tía Josefina

1

La Haya, 1963.

El vigilante del museo quedó convenientemente atado y amordazado. La aplicación de una mezcla de un paño con cloroformo y un golpe duro en la sien había sido más que suficiente para dejarlo inconsciente. Las dos figuras vestidas de negro se movieron con agilidad dentro del recinto. Lo conocían perfectamente y no tuvieron necesidad de encender ninguna linterna, les bastaba con la penumbrosa luz que entraba, proveniente de las farolas de la *Korte Vijverberg*, por las ventanas del antiguo palacio, ahora reconvertido en un pequeño museo.

Los lunes el recinto estaba cerrado al público, y en la madrugada al martes solo se quedaba un vigilante en el edificio.

No hacía falta más.

Nunca había pasado nada.

Hasta aquella noche.

Los dos hombres llegaron a una de las salas en la que el espacio se dedicaba a un solo autor, justo la que buscaban.

—Cualquiera de estas tres valen lo que se quiera pedir por ellas —dijo el primero al contemplar el tesoro que se abría ante sus ojos.

—Olvídate —respondió el otro y señaló a una de ellas—. Esta es la que buscamos. Hagamos el cambio.

De una mochila grande sacaron un cuadro con un marco idéntico al que estaban contemplando. Descolgaron el de la pared y colocaron en su lugar el que habían traído.

—Es increíble —se admiró el primero—. La copia es perfecta. Tardarán en darse cuenta del robo.

—Tu amigo es un maestro, no cabe duda. Ha sido una buena idea pedirle dos copias. Una para que se quede aquí, y la otra...

—Y la otra para quien tú sabes.

—Espero que tu plan no nos traiga problemas.

—¿Problemas? ¿Qué problemas puede crear? Nadie se va a enterar.

El que hablaba metió el cuadro sustraído en la mochila y los dos hombres, en silencio, recorrieron de vuelta el camino que habían hecho a la ida y salieron del museo por una puerta trasera, la del personal.

Una vez en la calle, en la tranquilidad fría de una noche dominical de finales de otoño de la vieja ciudad holandesa, solo una pálida luna menguante fue testigo de cómo la pareja de hombres se perdió sin dejar rastro en la oscuridad de la noche.

2

La Laguna, 1964.

Un sol metálico, en su cenit, aplastaba toda sombra posible sobre el asfalto de la calle de San Agustín, sin que ninguna pudiera buscar refugio debajo de los vehículos aparcados junto a las aceras tórridas, rezumantes de invisibles hilos de vapor, sufriendo resignadas el paso del mediodía.

La tarde de junio, con sus días largos recién estrenados, hacía su entrada con pesadez somnolienta sobre los tejados de la ciudad, justo cuando esta se tomaba un breve descanso en su vida cotidiana.

No había nadie en la calle, y por eso nadie vio nada.

Pero pudo haber sido de otra manera, y que algún testigo hubiera visto entrar en la iglesia a una pareja que se deslizó junto al recinto vallado del patio delantero del Instituto y que se perdió, cruzando la puerta lateral, en el oscuro interior.

Una atmósfera de oscuridad y recogimiento recibió a los recién llegados. La mujer y el hombre dejaron a su derecha la capilla de la Candelaria, ignorando su imagen, colocada entre una Milagrosa y una Virgen del Carmen; igual caso dedicaron a la lápida en la pared que recordaba que allí descansaban los restos del historiador Núñez de la Peña, fallecido en 1712. Su interés se destinó a cruzar las naves de la epístola y la central para terminar en la del evangelio, la contigua al antiguo convento de los agustinos. Pasaron por delante del retablo del Cristo de la cañita, un Ecce Ho-

mo que, sobre una base de plata repujada, mantenía firme la caña en su mano.

Y entonces lo vieron, al fondo, a media luz.

La mujer se acercó unos pasos más, pero se mantuvo a distancia, como si no se atreviera a avanzar.

Un hombre se encontraba junto a una lápida en el suelo que, extraída de su encaje, permanecía a un lado. Su sombra impedía ver lo que miraba, debajo de él.

La mujer se acercó por detrás y contempló lo que estaba haciendo. De súbito, recogió la barra de hierro con la que el hombre había levantado la losa y se acercó al sepulcro abierto.

Al cabo de unos minutos, la pareja salió de la iglesia presurosa. No se detuvieron a mirar atrás cuando giraron a su derecha, por la calle El Remojo.

Y poco después, comenzó a oler a quemado. En un inicio era apenas perceptible, un aroma lejano a leña, como si a alguien se le hubiera pasado la hora de la comida y quisiera remediar la tardanza con prisas.

En unos instantes se abrió paso un olor de barnices en proceso de evaporación. Finas volutas de humo blanquecino comenzaron a reptar por debajo de las juntas de la puerta principal de la iglesia.

La iglesia estalló en llamas y la ciudad se despertó.

3

La Laguna, en la actualidad.

Cristóbal Negrín era el monaguillo de la catedral, al menos el de las misas de las siete de la tarde, las que impartía don Rosendo, el cura titular del templo.

Cristóbal era un hombre maduro de unos cincuenta y pico años, alto, reseco y eternamente serio, al que la vocación religiosa le había llevado por el camino del servicio más humilde en los oficios, como monaguillo perenne, en el que se había sentido a gusto durante mucho mucho tiempo.

Los que frecuentaban las misas de aquella hora, la última de la tarde, lo conocían perfectamente; Cristóbal llevaba incontables años ejerciendo de ayudante del cura. Para muchos feligreses era el monaguillo de la catedral, y lo seguiría siendo, como decía él, «mientras Dios me dé salud».

Hombre austero y de poco gasto, trabajaba como contable en una empresa de empaquetado de frutas, y vivía con su anciana madre en una casa terrera de la calle Viana, una de las pocas que no tenían verodes en el tejado. Nunca se le había conocido relación alguna, cuestión que había dejado de ser la comidilla del vecindario hace ya muchos años. Su permanencia en el cargo de monaguillo de la catedral parecía explicarlo todo. La Laguna también era una ciudad de beatos.

Cristóbal se mantuvo concentrado durante toda la misa de aquella tarde, pendiente de que a don Rosendo no le faltase nada. Se sabía la liturgia de memoria y, como si le-

yera una partitura imaginaria, conocía a la perfección el instante preciso en que debía tocar la campanilla que advertía a la comunidad de la solemnidad de algunos momentos de la celebración eucarística.

Luego, al final de la ceremonia, como el sacristán no se quedaba a la última misa, Cristóbal se encargaba de recoger los paños, el misal y los evangelios, de desconectar el micrófono, apagar las luces del altar y echar un último vistazo a todo el recinto por si acaso hubiera quedado algo fuera de sitio.

Y aquella tarde advirtió una anomalía.

El templo se había vaciado, como siempre, una vez que el sacerdote permitió la marcha en paz de su rebaño, colofón de la misa. Las treinta personas que esa tarde de miércoles, fría y húmeda, de un febrero más que lluvioso, se habían congregado en la catedral, se desperdigaron en grupos de dos o tres, camino de la puerta, mientras intercambiaban saludos, noticias y despedidas.

Todas menos una.

Una mujer, de unos setenta y muchos, pequeña y enjuta, vestida de negro, permanecía sentada en su banco, inmóvil, con la cabeza gacha, como si estuviera inmersa en profundos pensamientos de los que no pudiera escapar.

Cristóbal pensó que estaría rezando. De vez en cuando, alguno de los asistentes se demoraba unos minutos en sus conversaciones personales con el Altísimo.

Cuando volvió de la sacristía, tras haber dejado a buen recaudo los libros utilizados durante la misa, observó que la mujer se mantenía en la misma posición. No se había movido un ápice.

Terminó de apagar las luces del presbiterio, aunque mantuvo las de las naves. Algo intrigado por la falta de movimiento de la mujer, resolvió acercarse a ella. Anduvo con paso resuelto por el espacio abierto entre las bancadas y llegó a su altura. Esta no se inmutó ante la proximidad del monaguillo.

Cristóbal se inclinó sobre ella.

—¿Se encuentra bien? —preguntó en un tono cercano, no pretendía asustarla.

La mujer no realizó el menor movimiento. «¿Estaría dormida?», se preguntó.

En un arrebato de decisión, algo impropio en él, se atrevió a tocar el hombro de la señora y a agitarla suavemente.

—Es hora de irse —le dijo, algo molesto por verse obligado a ponerle la mano encima.

El leve empujón movió el cuerpo consumido de la mujer y este comenzó a inclinarse a un lado, sin control. Cristóbal comprendió que se iba al suelo.

—¡Madre de Dios! —exclamó mientras trataba de aferrarla por los hombros. La espalda de la mujer se deslizó en el banco sin la esperada oposición de sus piernas y el cuerpo terminó cayendo delante, sobre la madera del reclinatorio. Cristóbal, estupefacto, logró que el aterrizaje fuera suave y la cabeza no se estrellara contra el pavimento. Pero el ángulo de lasitud del cuello, sin fuerza alguna, le indicó que su propietaria había perdido el conocimiento.

El monaguillo se colocó mejor y con un golpe de riñones, logró elevar verticalmente el torso de la señora. Pudo observar a una distancia muy corta unas pupilas petrificadas que miraban sin ver más allá de él.

Trató de encontrarle el pulso y no lo logró. Miró a las facciones desmayadas de la mujer y comprendió que aquel era un asunto que se le escapaba de las manos. Trató de dejar el cuerpo de la mujer correctamente apoyado en el banco y se planteó muy seriamente que necesitaba ayuda.

Si no se equivocaba, estaba muerta. Comprobó la estabilidad del cuerpo de la mujer por última vez, se santiguó dos veces y salió corriendo en busca de don Rosendo. Él sabría qué hacer.